

LOS COMPLEJOS DE CERRO VENTARRÓN Y COLLUD-ZARPÁN: DEL PRECERÁMICO AL FORMATIVO EN EL VALLE DE LAMBAYEQUE

Ignacio Alva Meneses^a

Resumen

Las investigaciones arqueológicas en el área del cerro Ventarrón y el complejo Collud-Zarpán, iniciadas en 2007, han permitido conocer las características del origen y florecimiento de la civilización en el valle de Lambayeque. El Templo o Huaca Ventarrón, ubicado al pie de la elevación del mismo nombre, fue el núcleo de un primigenio centro ceremonial cuya fase inicial ha sido fechada alrededor de 2035 a 2300 A.C. En esta zona también se ubica el sitio de Arenal, situado en la falda suroeste de cerro Ventarrón. Este conjunto presenta alrededor de 1 kilómetro cuadrado de arquitectura monumental del Periodo Arcaico. Por su parte, durante el Periodo Formativo —y, tal vez, desde el Periodo Inicial—, el complejo Collud-Zarpán, localizado al noroeste de Huaca Ventarrón, constituyó la capital teocrática del valle y abarcó más de 2 kilómetros cuadrados de arquitectura ceremonial repartida entre dos montículos alineados en sentido Este-Oeste.

Palabras clave: centro, paraje sagrado, culto al fuego, chaco, interacción cultural, continuidad

Abstract

THE CERRO VENTARRÓN AND COLLUD-ZARPÁN ARCHAEOLOGICAL COMPLEXES: FROM THE PRECERAMIC TO THE FORMATIVE PERIOD IN THE LAMBAYEQUE VALLEY

Archaeological research at the Cerro Ventarrón and Collud-Zarpán complex, which began in 2007, has revealed the origins and emergence of early civilization in the Lambayeque Valley. The Huaca Ventarrón Temple was the core of a primeval ceremonial center whose first phase is dated around 2035-2300 BC. This center complex includes the archaeological site of Arenal, located on a hillslope to the southwest. The site has 1 square kilometer of Archaic Period monumental architecture. During the Formative Period, probably beginning in the Initial Period, the Collud-Zarpán site, situated at the northeast end of the Huaca Ventarrón Complex, was the valley's theocratic capital. It covered more than 2 square kilometers of ceremonial architecture spread between two mounds aligned east to west.

Keywords: center, sacred landscape, fire cult, chaco, cultural interaction, continuity

1. El valle de Lambayeque

La cuenca de los ríos Chancay, Lambayeque y Reque es una de las más amplias y de regular aforo en la costa norte. Limita al norte con la cuenca del río La Leche y al sur con la de Zaña, ambas de menor descarga fluvial. En la parte alta del valle, el río Chancay se divide en tres ramales: el Reque, el Lambayeque y el Taymi. El ramal Reque es el río primordial que recorre la margen izquierda del valle. Su cauce es sinuoso y hondo, y en algunos sectores de la cuenca constituye el límite sur de los terrenos cultivables; al cruzar hacia el valle bajo, toca la falda sur del cerro Ventarrón antes de desembocar en el mar, 20 kilómetros abajo. El

^a Museo Tumbas Reales de Sipán.
Dirección postal: av. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán s.n.º, Lambayeque, Perú.
Correo electrónico: alvameneses@yahoo.es

ramal central, denominado Lambayeque, está totalmente canalizado, irriga una gran extensión de cultivos y proporciona agua a las principales ciudades. Uno de sus canales alimenta el reservorio de potabilización de Boro, bajo la falda noreste del cerro Ventarrón. El tercer ramal es el Taymi, que corresponde a una gran infraestructura de riego de la margen derecha, magna obra que alcanzó su culminación hacia el primer milenio de nuestra era. En el siglo XX fue modificado y su curso quedó establecido en una cota más baja y, aunque disminuido, sigue siendo el principal canal de riego del valle.

En las últimas etapas del desarrollo preinca, el progreso de la agricultura antigua alcanzó a incorporar vastas redes de canales intervalles, con seguridad ampliaciones de las acequias matrices que debieron iniciarse durante el Periodo Formativo. Hacia finales del primer milenio de esta era, ya se irrigaba 70% más superficie que en la actualidad, lo que supone la creación de las obras de ingeniería hidráulica más complejas y eficientes del Perú antiguo. Se puede entender que este perfeccionamiento solo fue posible gracias a un modelo cultural basado en la experiencia, la memoria y el ejercicio de la propiedad colectiva, por lo que la dependencia del mantenimiento y las ampliaciones del complicado sistema hidráulico debió estar fundamentado en un arraigado sentido de continuidad, por lo menos hasta el final de la cultura Mochica.

La región de Lambayeque constituye un caso particular en el área andina en cuanto a modelo de continuidad cultural, algo explicable recién a partir de las investigaciones del autor. Mientras que otros valles aledaños no alcanzaron la complejidad que lograron las culturas de este territorio durante el Periodo Arcaico, Lambayeque se constituyó en el eje de influencia de la zona. Si bien algunos valles al sur, hasta la costa central, alcanzaron progresos tempranos, hubo otros que quedaron trunco o que lograron reconstruirse luego de hiatos culturales más o menos largos. Es posible que ciertas ventajas en recursos naturales y condiciones climáticas favorecieran el desarrollo sostenido de esta parte de la costa norte y, con ello, la perpetuación de una de las tradiciones culturales más sobresalientes y duraderas en la historia de las civilizaciones.

El área del cerro Ventarrón pertenece, políticamente, al distrito de Pomalca, provincia de Chiclayo, departamento de Lambayeque. El acceso desde la ciudad de Pomalca se hace por medio de una trocha carrozable de 4 kilómetros de longitud que conduce al centro poblado de Ventarrón, en la falda oeste. El cerro dista 22 kilómetros del litoral y consiste de una estribación aislada, con una altura máxima de 228 metros, que ocupa una posición singular y estratégica en la parte baja del valle de Lambayeque, al centro de la llanura aluvial, muy cerca de la margen derecha del río Reque. Semejante ubicación comparten los sitios de cerro Corbacho, en Zaña, y La Raya, en Túcume, en sus respectivos valles (Fig. 1).

Además de este estratégico emplazamiento, ciertos detalles especiales de la morfología del cerro Ventarrón facilitaron su temprano reconocimiento y prestigio religioso como montaña tutelar del valle. Su ubicación entre dos ríos, orientación al Norte y característica forma alargada, horizontal y cima plana, a manera de gigantesca plataforma, destacan su presencia. Del mismo modo, los colores amarillento y rojizo en tonos oscuros de la composición mineral de su macizo, con marcadas fallas geológicas fracturadas en planos verticales y horizontales a manera de red debieron fomentar el carácter simbólico de «centro» de su entorno.

De esta manera, el paisaje de Ventarrón comprende la relación de una elevación central con el río mayor. Este marco, dotado del mejor clima de la costa peruana, favoreció el desarrollo de una primigenia industria del algodón, sumada a los cultivos de lagenarias, plantas hortícolas y raíces que constituyeron el paradigma de la abundancia de recursos. La creación y desarrollo de la infraestructura agraria debió darse al mismo tiempo que la arquitectura monumental, la que surgió como una contraparte organizativa y un eficaz catalizador colectivo.

El poder unificador de la arquitectura sagrada como elemento de apropiación e interpretación cultural del paisaje explica su temprana complejidad y relevancia durante el Periodo Arcaico. Sería importante comprobar si los bloques arcillosos con los que se construyó el complejo Ventarrón fueron acarreados desde riberas y campos que se habilitaban gradualmente para la agricultura. Tal vez si se entiende la interdependencia de las actividades agrícolas y arquitectónicas se podrían explicar las remodelaciones y reorientaciones de los templos de acuerdo con los calendarios ligados al mantenimiento y proyecciones del sistema hidráulico. En una visión general de los procesos de desarrollo del valle, cada periodo representaría una ampliación de las redes de riego en función a un nuevo eje constituido a partir de una refundación del centro.



Fig. 1. El cerro Ventarrón y los sitios investigados (foto satelital de Google Earth 2007; retoque digital: Ignacio Alva Meneses).

2. Antecedentes de las investigaciones actuales

Parte del complejo arqueológico del área del cerro Ventarrón fue registrado con el número 43 en el inventario de monumentos arqueológicos realizado en 1983 (Ravines y Matos [comps.] 1983), atribuido al Periodo Intermedio Tardío y clasificado como centro poblado. Sus coordenadas geográficas son $6^{\circ}47'45''$ de latitud sur y $79^{\circ}45'15''$ de longitud oeste. Esta categoría y ubicación corresponden a las evidencias del sector sur del cerro, pero no comprenden a la Huaca Ventarrón ni al sector Arenal, en el flanco oeste. Del mismo modo, el complejo Collud figura con el número 42 y se le asigna el nombre de Collus en el mencionado inventario. Fue definido como un complejo de pirámides de la cultura Lambayeque, pues, a primera vista, destacan estas estructuras tardías. Los primeros registros fotográficos conocidos del área arqueológica del cerro Ventarrón y Collud-Zarpán fueron realizados por Heinrich E. Brüning hacia la primera década de 1900.¹ En cuanto a los estudios realizados en la zona, fue Paul Kosok, en su memorable publicación de 1965, quien se refirió, brevemente, al sitio de Collud y presentó una aerofotografía del sitio antes de que fuera invadido por los pobladores que hoy ocupan las dos terceras partes del área. Entre 1970 y 1972, Óscar Fernández de Córdova, entonces Director del Museo Brüning, recolectó fragmentos de cerámica y dos ejemplares de adobes cilíndricos que denotaban la probable existencia de arquitectura monumental.

El único artículo específico sobre los complejos Ventarrón y Collud-Zarpán es de autoría del suscrito y fue publicado en el suplemento Lundero, edición cultural del diario *La Industria*, en enero de 2006, bajo el título *Cerro Ventarrón en la arqueología de Lambayeque*. Allí se expusieron algunas observaciones preliminares como resultado de reconocimientos continuos, se explicó la importancia de la zona y se planteó la urgente necesidad de su investigación. La depredación por huaqueo afectó por décadas ambos complejos. Durante la primera mitad del siglo XX, los hacendados pagaban a peones dedicados a buscar objetos arqueológicos y fue así como se formaron valiosas colecciones.² Un caracol de la especie *Strombus*, utilizado

como pututo y grabado con la imagen de un personaje que toca una trompeta, fue hallado por casualidad en las inmediaciones del aeropuerto de Chiclayo, cerca de la zona de Collud-Zarpán. El estilo temprano de la recargada imagen puede atribuirse a Chavín A (Bischof 1998). Se cree que la pieza procedía de alguna tumba profanada.

El complejo de Collud representa un caso grave de invasión de zonas arqueológicas. Desde la década de los cuarenta —cuando se construyeron las primeras casas alrededor de la casa del caporal— hasta la actualidad, han sido ocupadas las tres cuartas partes del monumento con más de un centenar de viviendas alineadas al pie de las altas pirámides lambayeque, las que, a su vez, se erigieron sobre vastas plataformas del Periodo Formativo, identificadas a partir de las investigaciones del autor. A finales de la década de los sesenta, un huaquero encontró el cuerpo momificado y envuelto en finos textiles de un personaje correspondiente a la cultura Lambayeque. El excelente estado de conservación en que se hallaba motivó la intervención de las autoridades, que lo requisaron y lo entregaron al Museo Brüning, donde se exhibe hoy en día.

El complejo de Zarpán, que no tiene ocupaciones modernas, se ubica cerca del pueblo de Collud y de la ciudad de Pomalca, y sus poblaciones respectivas depredaron el sitio. Algunos pozos de huaqueo permiten ver la arquitectura de adobe y la basura de épocas tardías superpuestas a capas de relleno y arquitectura del Periodo Formativo. Se comenta que, a finales de la década de los ochenta, el saqueo de una importante tumba del Periodo Formativo, ubicada en el flanco este, produjo varios objetos de orfebrería, lo que desató una «fiebre de oro» que devastó el monumento en pocos años. Las versiones sobre el contenido y la ubicación de la tumba se han perdido en la imaginación popular. Es probable que una corona de oro recuperada en los Estados Unidos, repatriada y entregada en custodia al Museo Brüning, provenga de aquel contexto. La pieza tiene semejanzas con el estilo de las coronas descubiertas en el sitio de Kuntur Wasi (Onuki [ed.] 1995).

En 1989, un trabajador del Museo Brüning, residente en el centro poblado de Ventarrón, informó al director, Walter Alva, que pobladores y huaqueros «profesionales» depredaban sistemáticamente la Huaca Ventarrón. En esa fecha, el autor visitó la zona y observó entre los escombros los restos de paredes decoradas en color rojo y blanco. Se dispuso la protección del monumento hasta que se lograra ejecutar un proyecto de investigación y se planteó la urgencia de evitar su destrucción, acelerada por la extracción de material para construcción de viviendas: desde la fundación del poblado en la década de los cincuenta, los habitantes han extraído material del templo para la fabricación de los adobes que, luego, emplean en sus casas.

3. Inicio de las excavaciones

Recién en agosto de 2007, tras años de monitoreo y reconocimientos esporádicos, se inició el Proyecto Arqueológico Cerro Ventarrón-Complejo Collud-Zarpán, con presupuesto de la Unidad Ejecutora Naylamp-Lambayeque. Bajo la dirección de Walter Alva, participaron cinco arqueólogos, entre ellos el autor del presente artículo, dos especialistas en conservación y alrededor de 120 obreros.

La fase previa al inicio formal del proyecto supuso el desmontaje de corrales, la eliminación de letrinas y la remoción de 150 camionadas de basura que cubrían parte de Huaca Ventarrón. Las excavaciones, realizadas mediante trincheras exploratorias, perfilamiento de pozos y unidades de 10 por 10 metros, permitieron registrar y documentar, por primera vez, la arquitectura monumental más antigua de la región. Paralelamente, se inició el tratamiento de conservación que permitiría, en adelante, la puesta en valor del complejo.

3.1. El sitio Huaca Ventarrón

Se trata del templo principal del centro ceremonial, erigido en la falda oeste del cerro Ventarrón, sobre un promontorio rocoso en el centro de la ensenada. Su arquitectura consiste de una gran plataforma escalonada con acceso desde el norte, con recinto culminante y salas laterales en la parte baja. Fue edificado en tres fases superpuestas y posteriores remodelaciones sintetizaron el diseño; hasta el momento, suman 10

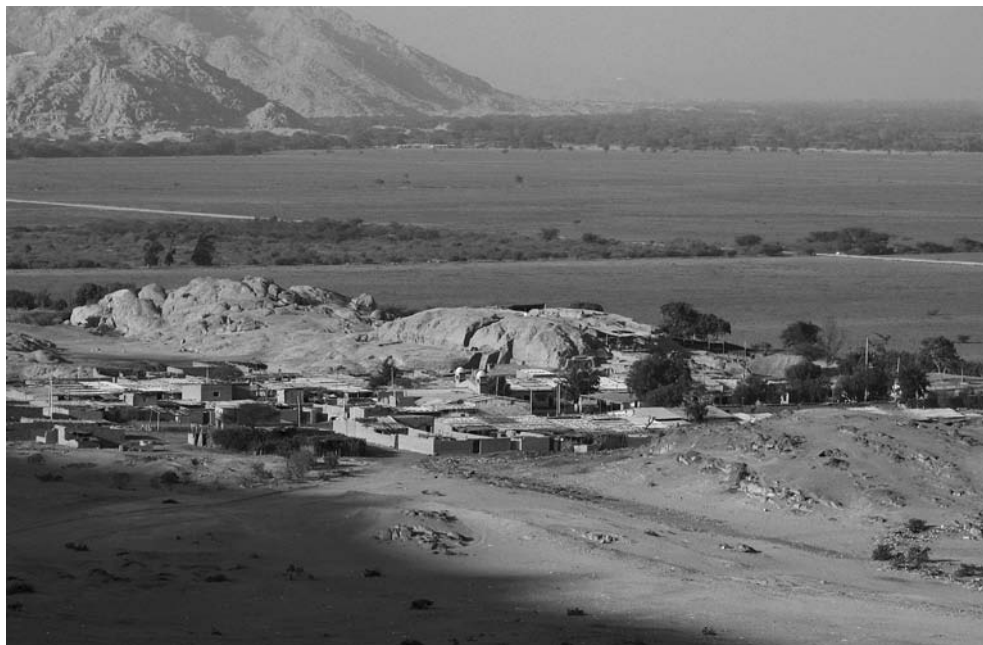


Fig. 2. Huaca Ventarrón. Inicios de la excavación (foto: Ignacio Alva Meneses).

fases identificadas. La más antigua, que aún no se conoce en su totalidad, fue construida sobre el afloramiento rocoso que marcó el principio de su carácter sagrado, así como la orientación y distribución del diseño arquitectónico. Desde la cima del templo se controlaba visualmente el amplio valle de Lambayeque y el curso del río Reque, lo que daba la impresión de ubicarse en el centro mismo de todo el territorio circundante. Desde allí debieron dirigirse las primeras actividades de agricultura y la organización de la sociedad en torno de la ideología basada en el carácter central del paraje.

Las excavaciones comenzaron por la limpieza de pozos de huaqueo concentrados en la parte superior de la estructura (Fig. 2). Esta destrucción había arrasado decenas de tumbas de los periodos Formativo y Chimú-Inca depositadas de manera intrusiva dentro de la arquitectura del templo, durante su uso como necrópolis que se dio tiempo después de su abandono. Desde el inicio de las excavaciones, y a pesar de la destrucción del monumento por huaqueo, actividades de cantería y erosión natural, fue posible identificar, en casi todos los sectores, los componentes arquitectónicos y comprobar la secuencia de las remodelaciones. Luego, como resultado de la temporada 2008-2009, se constató que, bajo el nivel del terreno, había considerables disposiciones de arquitectura cubiertas por deposiciones episódicas de arrastre pluvial; se trataría de paramentos basales que dieron altura al templo en partes donde el afloramiento de roca no emergía lo suficiente, especialmente en el sector suroeste.

En el destruido sector norte se registró un sistema de escalinatas acondicionadas a un pasaje natural del afloramiento, entre dos moles pétreas alineadas en dirección noroeste (azimut de 308°). Esta primera fase, que resulta modesta en comparación con la segunda, se conforma de celdas construidas con rocas medianas acarreadas del entorno y unidas con mortero de barro. Esta técnica se entiende como la más temprana, por lo menos en el sector norte, pues se levanta sobre la roca madre. La escalinata terminaba en una serie de muros de contención y celdas rellenas de tierra suelta mezclada con ceniza y algunas valvas de choro (Fig. 3). Se comprobó que el volumen final resultaba en una plataforma enlucida y ampliada en una subfase.

En la cima del monumento, bajo el piso del recinto principal de la segunda fase —por cierto, la mejor conservada y documentada—, se localizó también un primer fogón ritual. El contenedor de la hoguera estaba apenas cortado por el pozo de saqueo más profundo. El piso alrededor del fogón tenía buen acabado y se encontraba sobre un apisonado asentado en la roca madre. Lamentablemente, la excavación fue restringida en vista del relleno suelto que cubrió la primera fase y cuya inconsistencia habría afectado la



Fig. 3. Huaca Ventarrón. Escalera lateral de la plataforma de la fase 2 y alineamientos de las estructuras de la fase 1 (foto: Ignacio Alva Meneses).

estabilidad de los componentes de las fases 2 y 3. Sin embargo, se alcanzó a definir una porción del paramento lateral oeste de 62 centímetros de alto. Este fogón semicircular, de 1,60 metros de diámetro, está empotrado en el paramento (Fig. 4). A nivel del piso, un chaflán, de 20 centímetros de alto, sirvió para contener la ceniza. Sobre el paramento, al costado sur del fogón, se descubrió un altorrelieve de magnífico tratamiento plástico, tal vez un símbolo de abundancia natural, con la representación de dos peces dispuestos lado a lado, pero que miran en dirección opuesta (Fig. 5). Un fechado calibrado de radiocarbono reciente de una muestra de material vegetal asociado al fogón de la primera fase arrojó el resultado de 2300-2035 a.C. (calib.) (LABEC-Istituto Nazionale de Fisica Nucleare, Florencia; 3766 ± 43 a.p.), el más antiguo de los que se dispone para el complejo.

A partir de la segunda fase se aprecia un cambio radical en la arquitectura. En cuanto a técnica y materiales, se empieza a utilizar, de manera exclusiva, bloques sedimentarios de arcilla compacta unidos con aglomerante de barro y se enlucan las fachadas. La arcilla seca absorbió rápidamente la humedad del aglomerante y aceleró el fraguado, lo que permitió el alzado monumental y casi vertical de las fachadas. A partir de ese momento, la técnica se mantuvo sin cambios hasta la última fase, lo que originó exigencias conceptuales de un diseño inspirado en proporciones arquetípicas. Si bien la nueva técnica representó una innovación, antes de perfeccionarse se apuró el diseño de una obra majestuosa que definiría los cánones de una importante tradición arquitectónica en la costa norte.

La segunda fase cubre el afloramiento rocoso e incluye la reorientación del eje del templo hacia el Norte en función del entorno paisajístico predominante (Fig. 6). El llamado Templo Rojo-Blanco representa un primer modelo arquitectónico monumental, abierto al norte e iniciado en una plataforma baja delantera que soportaba una amplia escalera de 12 metros de ancho y 11 pasos de ascenso hacia la Plataforma Central, de 30 metros de ancho por 46 de largo, en cuya cima se erigió el recinto principal. Al costado oeste



Fig. 4. Huaca Ventarrón. Recintos centrales con espacio para fogón de las fases 1 y 2 (foto: Ignacio Alva Meneses).

de la plataforma baja se logró definir una escalera lateral pequeña, tal vez de uso restringido (Fig. 3). El acceso público debió hacerse por el frente norte, el que, lamentablemente, fue destruido en su integridad debido a la extracción de material para la fabricación de adobes por parte de los actuales habitantes de la zona.

El recinto culminante constituyó el ambiente más importante y sagrado del templo. En la fase 2, todas sus caras estuvieron pintadas con anchas bandas oblicuas de color blanco en forma de zigzag sobre fondo rojo (Fig. 7). Su amplio vano delantero, de 5,80 metros, presentaba jambas de color negro. Aquí se registraron porciones decoradas con los mismos colores derruidos a lo largo del umbral. Estos pudieron corresponder a un enorme dintel de barro dispuesto sobre la portada, que pudo haber sido derribado o que colapsó antes del enterramiento para dar paso a la tercera fase. El recinto, de 9,70 metros de ancho por 16,70 de largo, tiene esquinas redondeadas. En su pared oeste interior se construyó un singular espacio cóncavo y de planta semicircular a modo de chimenea abierta de 1,20 metros de ancho y 3 de altura. Con seguridad, era el lugar donde debió de mantenerse un fuego sagrado, un elemento fundamental en los cultos más antiguos. De las cenizas se tomaron las muestras de carbón que arrojaron una antigüedad de 4000 a.p. (Beta Analytic Radiocarbon Dating Laboratory, Florida, Estados Unidos).

Al fondo del recinto, contra la pared sur, una doble banqueta corrida, con pasos de 1,30 y 3,35 metros de alto, debió funcionar como altar o estrado. A cada extremo de la banqueta, sobre el primer paso, se ubicaron dos muros perpendiculares de tabique. En estos dos paneles y en la porción de pared lateral contigua con la que forman ángulo se plasmaron magníficos murales policromos que han sorprendido por

su iconografía original, excepcional para las tradiciones culturales tempranas del antiguo Perú: el probable tema del «venado en la red» (Fig. 8). En un primer momento, durante la temporada 2007, se excavó y restauró el panel del lado oeste; y, a partir de octubre de 2009, se develó el panel este, con lo que se comprobó la simetría arquitectónica e iconográfica. Se pueden interpretar ambas imágenes como la representación de un cerco de redes (chaco) donde han sido atrapados tres animales; la red multicolor oculta las figuras y establece un juego óptico; los cuadrúpedos en color negro apenas se distinguen con una banda ondeada gris que recorre su contorno desde el cuello a la pata trasera, lo que da la apariencia de movimiento o abatimiento. Las patas flexionadas tienen una línea blanca que marca el casco, mientras que la cabeza presenta un gran ojo, hocico, dientes cuadrados de herbívoro y orejas romboidales. La cola levantada está delineada por una curva blanca. La representación de venados capturados en redes parece haber sido un tema esencial para la ideología de las primeras sociedades andinas, que sacralizaban la cacería ancestral y la fauna. Constituye un sorprendente caso de continuidad cultural, pues el ritual trascendió como tal hasta la época de los mochicas. En el contexto del complejo de Ventarrón, el ritual colectivo de la caza parece haber servido para reivindicar la importancia de las redes en la articulación de la economía, como una metáfora del orden social. En cuanto a los venados, se presume que representan la abundancia natural de recursos en función a ciclos de renovación del tiempo.

El sector suroeste del templo presentaba un ala lateral anexa severamente afectada por las canteras de adobe. Es probable que fuera cortada por un canal de riego que marca el actual límite del monumento. Este componente arquitectónico estuvo conformado, en sus primeras fases, por dos recintos alineados de este a oeste y abiertos al norte, separados por un muro divisorio delgado hecho con una técnica semejante a la quincha. El primero habría estado unido al flanco oeste de la plataforma principal; el segundo se alineó al oeste del primero separado por un corredor y un muro divisor delgado y alto con planta en forma de «C» que lo encerraba. Desafortunadamente, la extracción de material para la fabricación de adobes destruyó las tres cuartas partes del segundo recinto y solo quedaron restos de pintura de la pared este adheridas al relleno húmedo de cobertura y el fondo de la sala (pared sur). Originalmente, toda la fachada de estuvo pintada. En la última temporada de trabajo (mayo de 2009) se descubrió y trató una porción del mural, con lo que se logró definir el diseño de fondo rojo, marco gris y dos bandas blancas verticales.

El primer recinto del ala lateral también fue parcialmente destruido, lo que afectó el machón y parte del dintel del lado oeste de la portada. Los fabricantes de adobe vaciaron el relleno que cubrió el interior, lo que dejó al descubierto las paredes oeste y norte. Como resultado de las últimas excavaciones, se descubrió el fondo de la sala, que tiene una singular planta cruciforme que semeja la mitad de la típica cruz andina o *chacana*, un hallazgo que ubicaría a este sitio entre los más antiguos en incluir dicho icono (Fig. 9). Es probable que este recinto corresponda a la segunda fase constructiva si se considera que el delicado trabajo de diseño, construcción y pintado en colores blanco, negro, gris, rojo y amarillo denotan la misma expresividad. El carácter de «centro» del lugar, refrendado por el símbolo cruciforme, parece fundamentarse en la situación del templo respecto del cerro y de esta formación en el contexto del valle. Semejante expresión conceptual —con las mismas representaciones, pero en parajes antagónicos posteriores— se encuentra también en los petroglifos de Cumbemayo y en la Galería Central de Chavín de Huántar.

El fondo de la cámara cruciforme funcionó como lugar para un fogón ceremonial. Se encontraron restos de carbón en las pequeñas zonas del piso que se excavó. Las paredes del estrechamiento final, contenedor del espacio donde se colocó el fuego, lucen quemadas: rojizas en la parte baja por exposición directa al fuego, mientras que la parte superior está tiznada por hollín. El fogón de la planta cruciforme se encontraba visible tras un amplio umbral y encajaba en un juego de proporciones simétricas. Sin embargo, el ambiente presenta otro fondo indirecto y más amplio al este, que aún no se ha definido.

En el diseño del recinto lateral se percibe una especial preocupación por la modulación de ciertos patrones arquitectónicos que obedecían a criterios conceptuales, al margen del cálculo de las posibilidades técnicas. Se advierte una clara simetría espacial y cánones modulares. Al parecer, se usaron medidas fijas con cuerdas y progresiones a partir de plantas circulares y volúmenes cúbicos, lo que evidencia que la arquitectura tuvo un profundo valor, pero, en ese afán, los 3 metros de altura de las paredes del recinto, que remataban en solo 30 centímetros de cabecera, cedieron por deficiencias técnicas al momento de la construcción o inmediatamente después. La inclinación del lado oeste del recinto y del muro divisorio



Fig. 5. Huaca Ventarrón. Altorrelieve de peces asociado al espacio para fogón de la fase 1 (foto: Ignacio Alva Meneses).

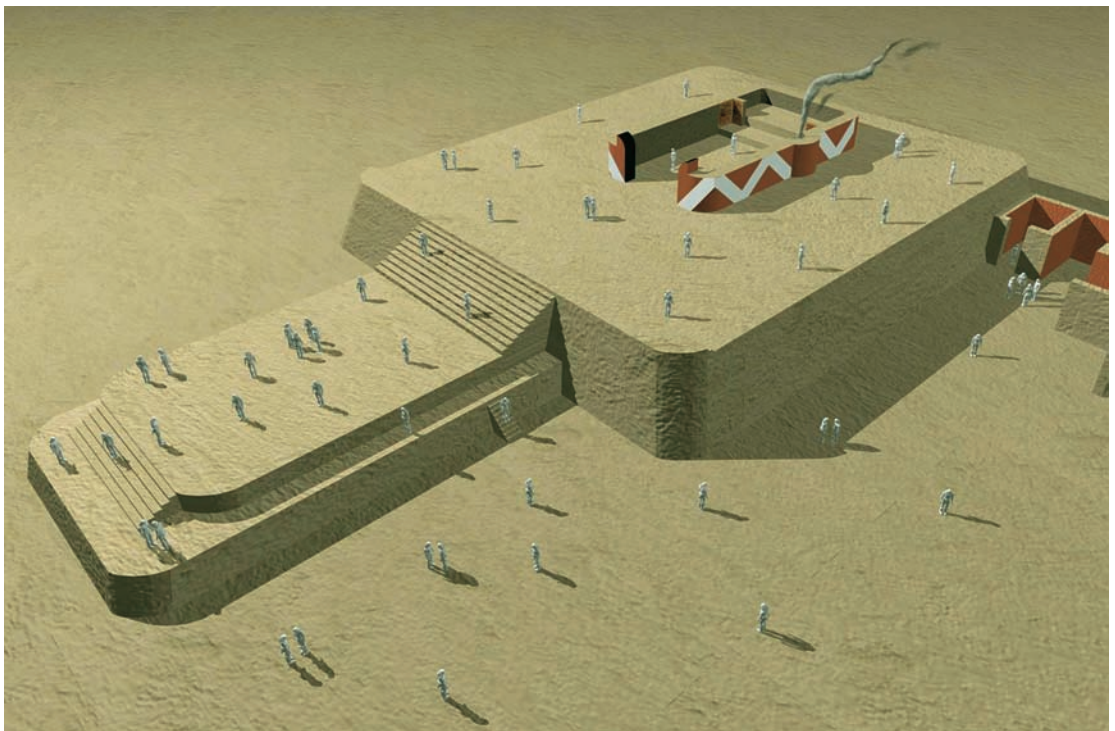


Fig. 6. Huaca Ventarrón. Reconstrucción isométrica de la fase 2 (elaboración del arte: César Piscocoya; Museo Tumbas Reales de Sipán).



Fig. 7. Huaca Ventarrón. Fachada del recinto central de la fase 2, esquina sureste (foto: Ignacio Alva Meneses).



Fig. 8. Huaca Ventarrón. Mural figurativo, denominado Chaco, de la fase 2 (foto: Ignacio Alva Meneses).

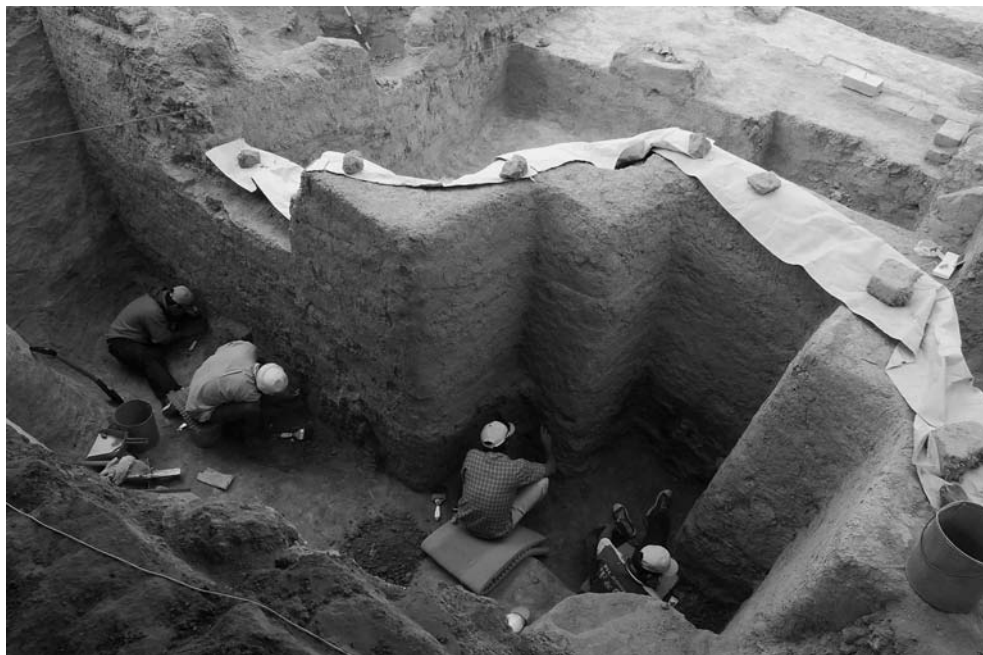


Fig. 9. Huaca Ventarrón. Recinto lateral de planta cruciforme, probablemente correspondiente a la fase 2 (foto: Ignacio Alva Meneses).

hizo necesario su enterramiento. Una vez sellado con relleno compacto, se construyó el primer nivel del piso de la plataforma baja, el que definió, en adelante, la función del ala lateral, posiblemente a partir de la fase 3.

Para erigir una tercera fase, que se denominó Templo Verde, se cubrió por completo el interior del Templo Rojo-Blanco. Durante el evento de entierro se depositaron preciadas ofrendas en el apisonado preparado sobre el primer bloque de relleno. En el eje central, que tuvo carácter ceremonial, se halló una trompeta de caracol de la especie *Tricornis peruviana*. Al exterior, en la cobertura del atrio, al pie de la esquina sureste del recinto, se depositó otra ofrenda simultánea: una concha de nácar en forma de media-luna y de 15 centímetros de envergadura. Se aprovechó la concavidad de la concha y se grabó, con finas incisiones, la imagen de una cabeza central sonriente con siete bandas radiadas y punteadas a manera de pectoral (Fig. 10). Por último, sobre el nivel de relleno que cubrió la cabecera del recinto, se registró el esqueleto completo de un guacamayo asociado a un rústico collar de siete cuentas de turquesa. Las ofrendas debieron representar complejas metáforas referidas al simbolismo del color y las regiones de la cosmología de los ocupantes de este complejo. Sus procedencias brindan una idea de la antigüedad de la interacción interregional e importancia de Ventarrón en aquel contexto cultural.

Para construir la tercera fase, el recinto central se relleno totalmente con material arcilloso compacto hasta su cabecera; al exterior, sobre el atrio, se dispuso una serie de cámaras o celdas de contención de relleno, de 1 metro de lado en promedio, hechas de bloques arcillosos unidos con barro y que contenían tierra suelta. Al llegar al vértice de la plataforma se construyó un muro de contención ligeramente replegado sobre la alta fachada anterior. Una vez elevada la fachada, se construyó un sistema de grandes contrafuertes —de más de 6 metros de altura— para apuntalar el relleno masivo de la cima (Fig. 11). Este cinturón estructural brindó un impresionante aspecto de solidez y equilibrio arquitectónico, una solución apropiada que parece inspirada en las formas de las colinas circundantes. Es posible suponer que los volúmenes trapezoidales, sobresalientes a modo de almenas, produjeran un juego de sombras con el curso anual del Sol que bien pudo corresponder a un sistema de cálculo calendárico (Fig. 12). Sobre el atrio se edificó el nuevo recinto central, idéntico al anterior en las proporciones del vano, esquinas curvas y fogón contra la pared oeste, pero ligeramente más amplio al norte y doble en el espesor de sus paredes, las que, al exterior,

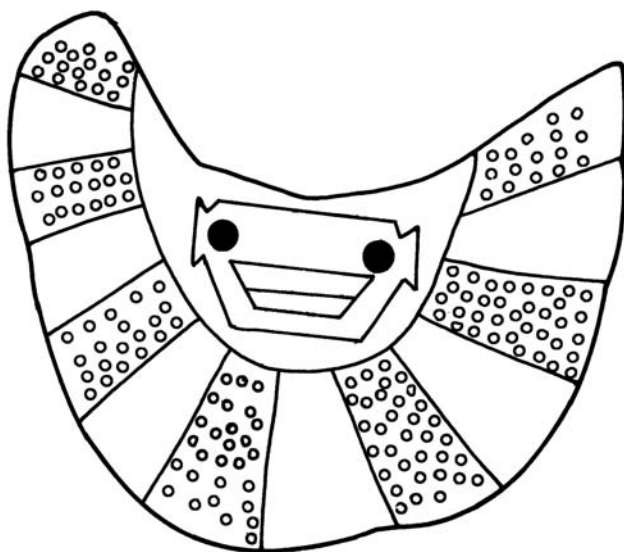


Fig. 10. Huaca Ventarrón. Dibujo de una imagen grabada en una concha marina asociada al término de la fase 2. Ancho: 15 centímetros (elaboración del dibujo: Ignacio Alva Meneses).

estaban pintadas de un color verde semejante al que proviene del óxido de cobre. Lamentablemente, el piso interior del ambiente fue destruido por el saqueo. Al parecer, varias tumbas del Periodo Formativo fueron arrasadas sin dejar más evidencias que algunos fragmentos de platos y vasijas que se relacionan con los estilos Cupisnique o Chavín A. Los pocos restos no dan idea de la cantidad de materiales expoliados. Por los comentarios de los pobladores y la gran concentración de pozos, es probable que se hayan perdido varios contextos importantes.

La plataforma de acceso situada al norte debió ampliarse en la fase 3, cubriendo la anterior, pero fue destruida por la extracción moderna de material, que llegó hasta la roca madre. En la esquina noroeste logró definirse una amplia escalinata lateral indirecta de dos tramos, que accedía a los dos niveles de una terraza escalonada que corre alrededor de la plataforma y al pie de los contrafuertes. Esta escalinata parece haber tenido una función equivalente a la que tuvo la escalinata pequeña de la segunda fase, es decir, un acceso indirecto desde el este, que cambia de un carácter restringido en la fase 2 a ampliado en la fase 3. Tiene 15 peldaños en el primer tramo y decrece en su ancho en su ascenso hacia la cima. El tramo final tiene ocho pasos y el escalón más ancho, en la base, tiene 3,50 metros. En la misma fase, la escalinata se amplió hacia el sur con otro paño del mismo ancho y semejante volumen.

De las evidencias que quedaron sobre la cima de la estructura se puede inferir que las tres primeras fases de la secuencia arquitectónica mantienen el recinto central con un espacio destinado para un fogón ceremonial. Al parecer, a partir de una cuarta fase, el recinto central desaparece a medida que se cubre la mitad de su altura y se termina de sepultar en la fase siguiente. Aunque la erosión pudo destruir los últimos vestigios de dichas estructuras, la secuencia indica una tendencia al crecimiento masivo del volumen de la plataforma (Fig. 13). A manera de síntesis, se pueden diferenciar tres componentes arquitectónicos primordiales que comprenden elementos secundarios y estos, a su vez, contienen dispositivos ceremoniales.

3.2. El sitio de Arenal

Se denominó Arenal a la amplia ladera oeste del cerro Ventarrón que se extiende 800 metros en dirección Norte-Sur y 250 metros en dirección Este-Oeste, colindante y al este de Huaca Ventarrón. El área aparece totalmente cubierta por una gruesa capa de arena eólica. Desde la primera temporada de los trabajos arqueológicos, se hicieron amplias excavaciones prospectivas para documentar las porciones de una gigantesca obra arquitectónica de las mismas características de Huaca Ventarrón. El edificio estaba construido sobre la ladera del cerro, perfectamente adaptado al relieve y diseñado, probablemente, como una proyección de la montaña, que en esa cara presenta formas geológicas espectaculares y una gama de colores

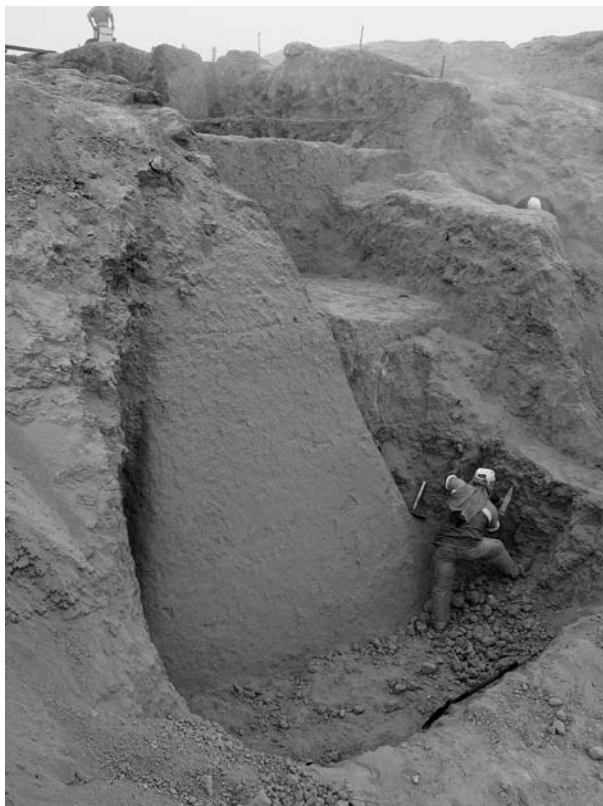


Fig. 11. Huaca Ventarrón. Contrafuerte de la fachada de la fase 3 (foto: Ignacio Alva Meneses).

minerales —negro, amarillo y rojo— que también se han registrado en una fachada pintada del conjunto (Fig. 14). Tan elaborado y extenso asentamiento obligaría a reevaluar la importancia de Lambayeque en el proceso de civilización de los Andes.

El yacimiento arqueológico como tal pasaba inadvertido. El intento de determinar el contexto de los restos de cerámica del Periodo Formativo diseminados en la superficie, entre centenares de pozos de saqueo, fue lo que llevó a descubrir la arquitectura monumental sepultada por el denso depósito eólico. La primera excavación, denominada Sector 1, comprendió una larga trinchera, orientada de Este a Oeste, ubicada en el centro del sitio. Bajo la gruesa capa de arena se definió un sistema de terrazas escalonadas de enormes proporciones a modo de paramentos masivos de contención de rellenos. Cada paso, finamente enlucido pero erosionado luego del abandono, conserva hasta 2,50 metros de altura y los pisos de cada plano se extienden entre 6, 11 y 19 metros. Los accesos de la estructura funcionaban mediante escalinatas apoyadas en las altas fachadas. La colosal construcción se habría extendido de norte a sur y su base se encontraría en la parte baja de la pendiente, probablemente 40 metros al oeste. Las excavaciones siguieron la elevación de la ladera (hacia el este), y sobre el último y más amplio terraplén se ubicó una plataforma culminante con un frente de 9 metros orientado al oeste, esquinas curvas y pintura mural de color rojo, amarillo y negro en bandas horizontales aplicada en el paramento lateral norte, del que se definieron 15 metros (Fig. 14). A los 9 metros se encontró un muro transversal adosado de perfil escalonado, con orientación Norte-Sur, que se proyectaba bajo la arena más allá de la excavación. La plataforma fue erosionada por un acarreo aluvial que rebajó su altura siguiendo la inclinación de la cuesta. En algunas secciones se conservan 2,50 metros de elevación y 1,60 de espesor, mientras que su interior fue cubierto por un relleno compacto.

Al pie de la esquina noroeste de la plataforma se descubrió una tumba del Periodo Formativo, la que mantiene el típico patrón de los contextos funerarios intrusivos que fueron depositados cortando la arquitectura arcaica. Consistía en una cavidad pequeña, proporcional al cuerpo, excavada en el piso y parte

del paramento, y sellada con bloques de piedra canteada unida con aglomerante de barro. Contenía la osamenta de un infante tendido en posición decúbito dorsal y dispuesto sobre un lecho de arena fina. La cabeza, orientada al Norte, presentaba restos de cinabrio. Sobre el sello de la tumba se ubicó un cerámico de estilo Cupisnique, de asa-estribo y forma globular-lobulada con cabezas estilizadas incisas en cada protuberancia (Fig. 15). Se puede deducir que la monumental arquitectura precerámica de Arenal, al igual que en Huaca Ventarrón, fue utilizada como necrópolis durante el Periodo Formativo en función a la referencia visual y a sus posibles vínculos de ancestralidad. Se registraron decenas de cavidades de tumbas saqueadas que tuvieron sellos consistentes en piedras. Para los saqueadores fue relativamente fácil sondear cada tumba entre la arena y la arquitectura de barro.

Aprovechando los pozos de saqueo en uno de los amplios paramentos escalonados, se realizó una cala exploratoria en la que se registró una fase arquitectónica anterior. Se pudo comprobar que las remodelaciones se dan del mismo modo que en Huaca Ventarrón, es decir, el relleno que cubre la construcción precedente forma la nueva fachada. La estructura antigua remataba en un podio escalonado, con el último nivel pintado de rojo. La arquitectura y pintura tienen el buen acabado de Huaca Ventarrón. Al pie del peldaño pintado se encontró un depósito de ofrendas intrusivo que contenía un caparazón de armadillo, un gancho de estólica y dos cuencos llanos de estilo Cupisnique dispuestos sobre un lecho de fibra vegetal.

En el mismo sitio de Arenal, a 200 metros al noreste del Sector 1, se excavó otra área, denominada como Sector 2, en un nivel más alto de la pendiente. Se trata de una terraza natural cubierta por el mismo proceso de enarenamiento. Las excavaciones revelaron un conjunto arquitectónico con tres fases superpuestas abiertas hacia el oeste; desde esa posición, la vista panorámica del valle es impresionante (Fig. 16). La técnica constructiva en todas las fases emplea bloques de arcilla y mortero de barro. La estructura más baja e inicial es una terraza escalonada construida sobre el lecho rocoso del cerro. En el lado norte se ubicaron escalinatas correspondientes a dos fases. En la primera, los pasos son cortos y fueron cubiertos por la segunda, de pasos altos. La segunda fase se caracteriza por una serie de recintos conexos mediante corredores y accesos indirectos. Se pueden diferenciar secciones laterales que confluyen en un espacio central con un fogón. El último momento presenta escalinatas amplias que ascienden desde una explanada hasta una plataforma escalonada. A un lado de la escalera se levantó un único recinto abierto al norte.

Al igual que el primero, el Sector 2 fue removido por los saqueadores. Conforme se definían los componentes arquitectónicos, se registraron restos de tumbas intrusivas. Las más elaboradas consistieron en cámaras rectangulares confeccionadas con lajas de piedra. Entre los escombros del saqueo se recuperaron fragmentos de cerámica de estilo Cupisnique, probablemente asociados a los contextos funerarios. Los tipos de restos incluyen botellas de gollete recto, platos y vasijas de asa-estribo; la decoración incisa o pintada corresponde a los estilos cerámicos registrados para la costa norte. Sin embargo, otro tipo de tumbas simples, sin cobertura de piedras —razón por la que quedaron a salvo de los saqueadores— estuvieron depositadas en la capa de arena limpia que cubrió cada fase. Se documentaron 12 entierros de este tipo, que corresponderían a la ocupación original. Los cuerpos se encontraban en posición fetal, muy flexionados y, con la excepción de lascas de cuarzo, carecían de ofrendas asociadas.

El complejo de Arenal presenta una secuencia arquitectónica semejante a la de Huaca Ventarrón, con dos o más fases del Periodo Arcaico o Periodo Precerámico Tardío. La última fase quedó expuesta a la intemperie luego del abandono, sin adiciones arquitectónicas posteriores, salvo el uso exclusivamente funerario durante el Periodo Formativo. La ocupación tardía, quizá vigente en un corto lapso correspondiente a las épocas lambayeque, chimú e inca, erigió estructuras menores en la periferia de la ensenada, lo que evitó la superposición, pues, en ese tiempo, la ocupación se concentró en el flanco sur del cerro.

Hay expectativas respecto al gran volumen de la ocupación precerámica sepultada en Arenal. Durante la última temporada, mediante la excavación de un sector ubicado al sureste y las prospecciones en el noreste, se comprobó que el yacimiento cubre un área aproximada de 30 hectáreas. En ese sentido, las fotografías satelitales permiten reconocer los alineamientos del enorme sitio. En la actualidad se hacen coordinaciones para efectuar pruebas geofísicas de prospección bajo la superficie. En adelante, la investigación progresiva permitirá comprender la trascendencia y complejidad de este primer proceso cultural cuya existencia y características abordan temas esenciales de los orígenes de las sociedades complejas y formas tempranas del Estado.

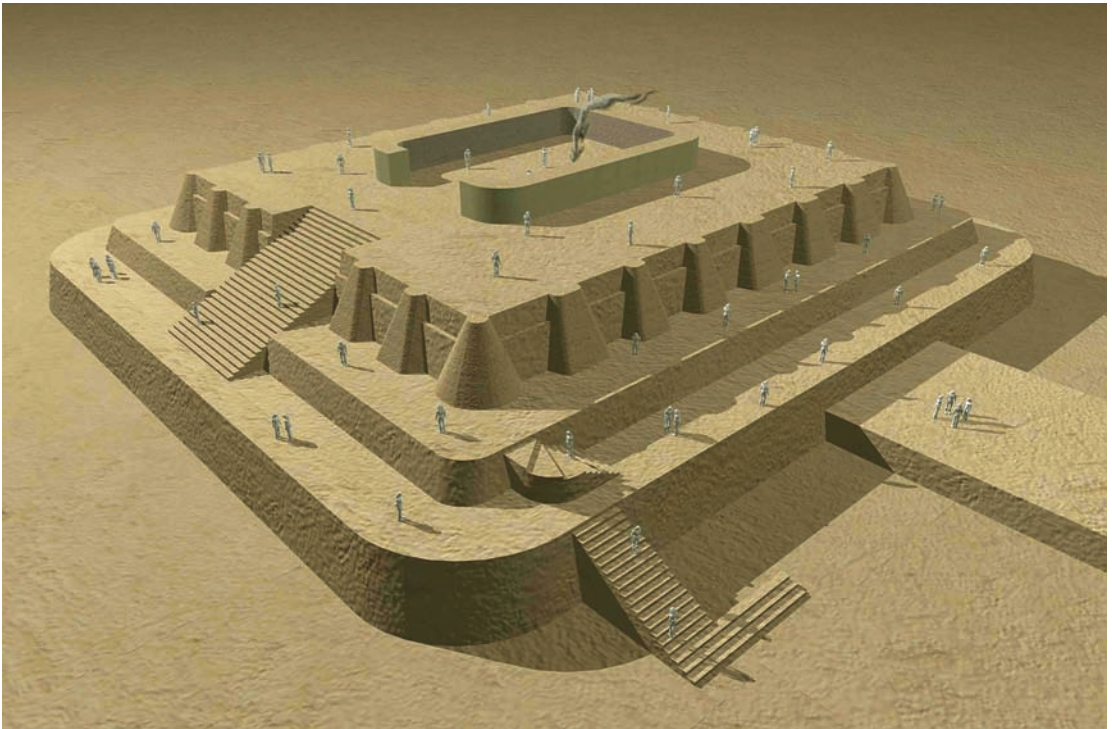


Fig. 12. Huaca Ventarrón. Reconstrucción isométrica de la fase 3 (elaboración del arte: César Piscoya; Museo Tumbas Reales de Sipán).

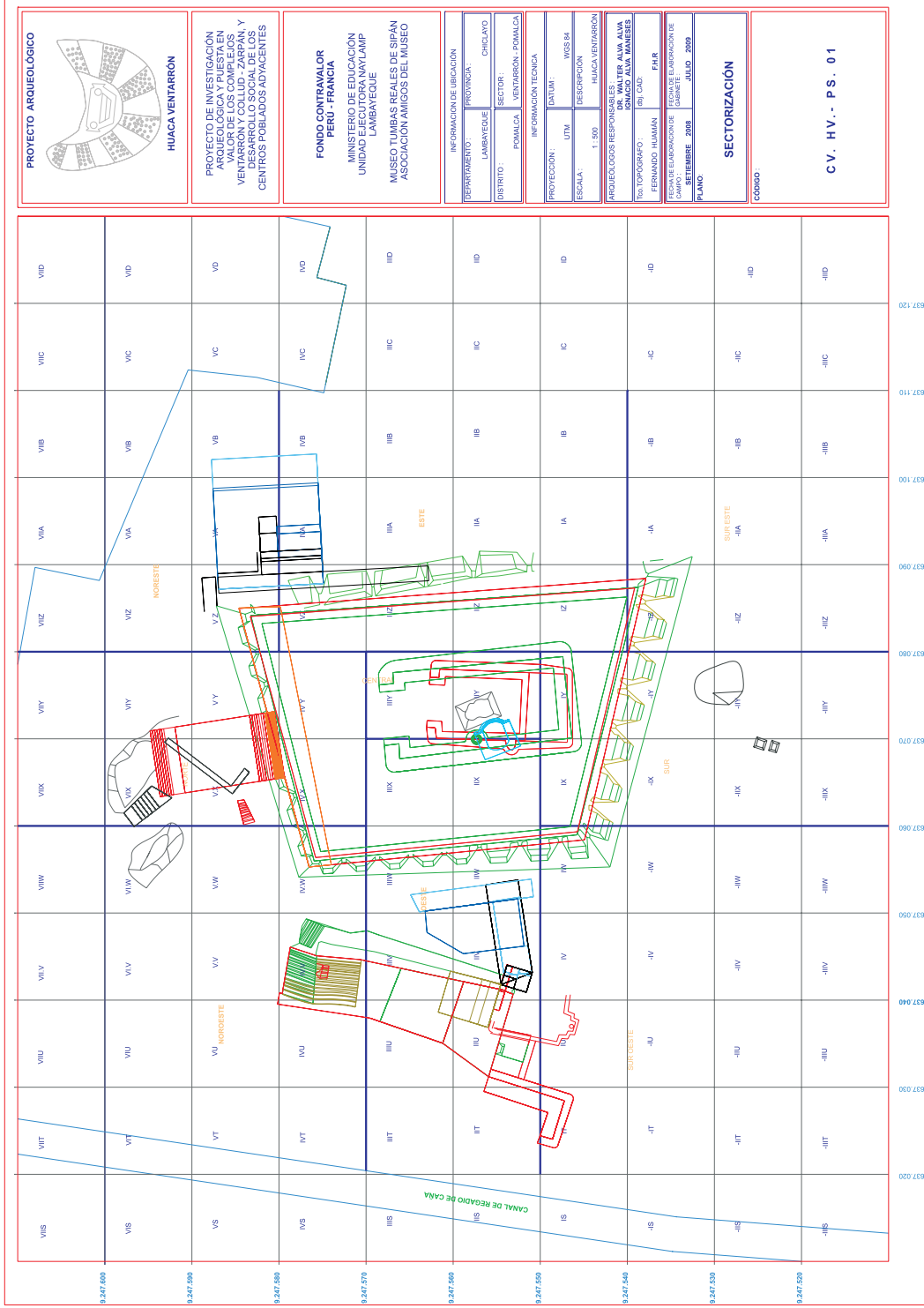


Fig. 13. Huaca Ventarrón. Plano de las fases arquitectónicas identificadas (elaboración del plano: Fernando Huamán Rioja; Proyecto Arqueológico Ventarrón Collud-Zarpán).



Fig. 14. Arenal, Sector SE, subsector Arenal 1. Plataforma culminante con pintura mural (foto: Ignacio Alva Meneses).

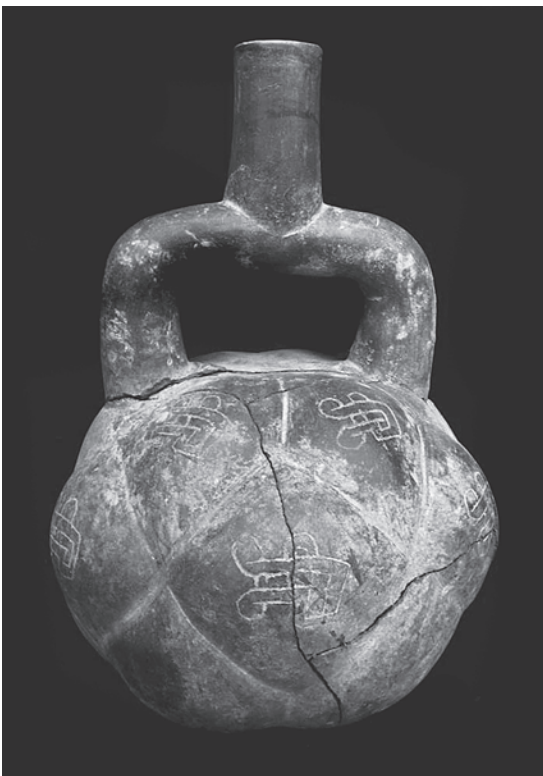


Fig. 15. Arenal, Sector SE, subsector Arenal 1. Cerámica del Periodo Formativo recuperada en las excavaciones (foto: Ignacio Alva Meneses).



Fig. 16. Arenal, Sector SE, subsector Arenal 2. Recintos y plataformas en pendiente (foto: Ignacio Alva Meneses).

3.3. El complejo de Collud-Zarpán

El complejo de Collud-Zarpán se ubica a 1 kilómetro hacia el oeste del extremo norte de cerro Ventarrón, frente a una proyección denominada cerro Boró. Está conformado por dos grandes montículos de planta irregular, con una separación de 150 metros entre uno de otro: Zarpán, al este, y Collud, al oeste. Ambos tienen proporciones similares: entre 500 por 300 metros de lado y 7 metros de altura promedio, alargados en dirección Norte-Sur y desviados 20° al este del Norte. En el conjunto de Collud, la ocupación tardía superpuesta a la arquitectura del Periodo Formativo alcanza monumentalidad. Sobre la parte media del gran montículo destacan tres plataformas piramidales de filiación cultural lambayeque (Kosok 1965; Reindel 1993).

3.3.1. El sitio de Huaca Collud. La excavación en Collud se emprendió con la intención de complementar la investigación sobre los procesos culturales tempranos del valle y comprometer la conservación del sitio ante la destrucción y deterioro ocasionadas por el centro poblado que ha invadido las tres cuartas partes del conjunto en la actualidad.

Al comienzo de los trabajos se detectó un paramento bajo ubicado al extremo noreste, alineado de Norte a Sur, construido con grandes bloques de piedra que empezaban a ser usados como material de cantera y que, sin duda, formaban parte de una estructura monumental. Con la finalidad de definir el frente norte se excavaron trincheras de sondeo, las que no ofrecieron resultados positivos pues dicha sección ya había sido destruida por las áreas de cultivo que bordean los límites del montículo. Sin embargo, una trinchera profunda, situada al centro y en la parte alta del frente norte, logró ubicar, cubierta por grandes cantidades de arena, la monumental fachada escalonada de un templo de una fase anterior al paramento de piedra. Se trata de una gran plataforma de perfil escalonado en la que cada uno de sus tres niveles tiene más de 2 metros de altura, mientras que el ancho de cada grada es de 3,50 metros. En la composición de los paramentos se utilizaron adobes cilíndricos finamente acabados de hasta 80 centímetros de largo, colocados de cabeza, unidos con mortero arcilloso y dispuestos a modo de dique, lo que contuvo el enorme volumen de relleno interno.

El frente, de unos 70 metros, presenta una imponente escalinata central de 25 pasos y 25 metros de ancho (Fig. 17). Asimismo, se comprobó que el lado este del templo, también escalonado, se extiende por cerca de 140 metros. En la parte superior se registraron fragmentos de columnas derruidas y superpuestas sobre una escalera y un atrio, correspondientes a la última fase de construcción del templo. Estos elementos arquitectónicos erosionados quedaron reducidos a segmentos sobre bases de piedra, a la par que se advirtieron adobes cónicos en su composición interna. Asociados a las columnas se definieron secciones de dos pisos superpuestos quemados, correspondientes también a las fases terminales. No se ha podido determinar si se trató de un ritual de incendio final o de una técnica constructiva. La excelente conservación de la fachada escalonada y las escaleras se explica, entonces, por el enterramiento del templo antiguo sobre el que se erigieron las estructuras de la nueva fase, caracterizada por columnas cilíndricas y quema de pisos. Hacia el sur del amplio atrio se ubicó la plataforma culminante, alineada en el eje de la escalinata central. Las excavaciones realizadas hasta el momento han registrado, bajo la densa capa de basura tardía, una última remodelación de sus escaleras y atrio, el que se encuentra severamente afectado por la ocupación lambayeque. Sin duda, uno de los hallazgos más significativos fue un paramento bajo, a manera de zócalo, decorado con un extraordinario relieve policromo ubicado al pie de la fachada noreste (Fig. 18, a, b). Probablemente bordeaba el edificio y se proyectaba en el frontis norte delante de la escalera y frente a una posible plaza a desnivel arrasada por actividades agrícolas modernas. Esta devastación cortó también la proyección norte del paramento decorado al momento que rebajó el contorno del yacimiento.

Lo que queda de la imagen reproduce una cabeza de perfil con rasgos híbridos antropozoomorfos, rostro con dientes de felino y pico de ave de rapiña que es, al mismo tiempo, el quelícero de un arácnido. Sobre la cabeza, a modo de cabello y bajo el cuello, emergen bandas rojas con un canal central blanco que se entrelazan alrededor de la misma cabeza como una red y se proyectan hacia atrás formando una serpiente entrelazada. Se advierte que la red destaca como vínculo conceptual (Fig. 18, b). La Deidad Arácnida presenta una serie de rasgos que corresponden a los más complejos y heterogéneos del sistema iconográfico cupisnique (Cordy-Collins 1992; Burger y Salazar-Burger 1993; Alva Meneses 2006c, 2008). Se trata, fundamentalmente, de una especie de quimera que sintetiza rasgos animales y humanos, con cabezas-semilla dentro de una red sobre la espalda y/o capturadas junto a plantas de algodón o maíz. Este icono debió expresar un discurso metafórico que articuló las esferas productivas con un bagaje de valoraciones cosmológicas. Iconográficamente, esta imagen de Collud se puede comparar con la de un relieve del templo de Garagay, en la costa central. Podría corresponder, también, a la misma Deidad Arácnida idealizada que figura en platos y vasos de piedra del sitio de Limoncarro, ubicado en el valle de Jequetepeque (cf. Sakai y Martínez, este número). En el ámbito local, se observa una reiteración iconográfica del motivo «cabeza dentro de la red» con la vasija asociada a la tumba cupisnique registrada en Arenal. Diversos fragmentos recuperados, así como ciertas piezas en colecciones locales, tienen por decoración retículas incisas y/o abstracciones de la Cabeza Divina. Una corona de oro, saqueada en las inmediaciones de Zarpán y que se exhibe en el Museo Brüning, representa cabezas dentro de una red. Este tipo de coronas caladas son recurrentes en las tumbas de máxima jerarquía excavadas en Kuntur Wasi, en el valle del Jequetepeque, y proporcionan una idea de la importancia y trascendencia de este icono. Es probable que Collud —o, más propiamente, el valle de Lambayeque— fuera un centro medular en la concepción y difusión de la tradición religiosa Cupisnique.

Se puede inferir una relación de continuidad entre el motivo del «venado en la red» de Ventarrón y la Deidad Arácnida, creadora de las redes. Es posible que la importancia de estas en la organización del trabajo para el cultivo de algodón y confección e impacto para la economía y la articulación social inspirara, en un primer momento, su elevación a icono con una función determinada en los ritos propiciatorios. A medida que se alcanzaba un mayor desarrollo, se necesitó de una deidad central del panteón que representara el control y equilibrio social frente a la dependencia del orden natural. En ese sentido, la Deidad Arácnida ofreció los rasgos simbólicos necesarios ligados a la producción agrícola, la industria textil y los ciclos de la naturaleza. Las arañas representaron el paralelismo ideal de la condición ancestral, creadora y central del grupo de poder. La persistencia de la Deidad Arácnida cupisnique en el Periodo Intermedio Temprano demuestra el grado particular de continuidad que se logró en el valle de Lambayeque con las evidencias de Sipán. Es posible suponer que, ante la alineación crítica que representó la tendencia chavín

y el manejo de una esfera cultural tan extensa, la restauración ideológica se hiciera bajo los antiguos conceptos de continuidad de las costumbres ancestrales y de centralidad. Sipán se convirtió en el centro del valle medio y las tumbas de máxima jerarquía, que contienen los iconos más importantes tienen entre sus representaciones a la misma Deidad Arácnida.

Las características de la gran plataforma de adobes cilíndricos definida en el sector noreste de Collud revelan significativas semejanzas con Huaca Lucía de Chólope (Shimada *et al.* 1983). Ambos componentes son parte de complejos de grandes dimensiones, si bien se debe considerar que, en el caso de Collud, solo se ha excavado un pequeño porcentaje de la superficie total del sitio (Fig. 19). Los templos tienen similitudes en cuanto presentan escalera central, fachada escalonada y columnas sobre el atrio. Collud tendría mayores dimensiones debido a su escalinata de 25 peldaños y 25 metros de ancho, y los tres niveles escalonados de su frontis; mientras que Huaca Lucía presenta una escalera de 23 escalones, 16 metros de ancho y dos niveles en su fachada. El autor sugiere que estas diferencias podrían definir una jerarquía. Similar patrón arquitectónico de plataforma masiva escalonada, con acceso central y plataforma culminante, se puede observar en los templos principales de Purulén, en el valle de Zaña, y Kuntur Wasi y Pacopampa, en Cajamarca. Este modelo podría representar una identidad o tradición común que tendría como mayor exponente al complejo de Collud-Zarpán. Es posible determinar que el auge de la arquitectura ceremonial se fomentó por interacción y emulación competitiva, con lo que se consolidaron ciertos patrones en el afán de alcanzar la cumbre de la monumentalidad dentro de un sistema macrorregional y panandino.

3.3.2. El sitio de Huaca Zarpán. El conjunto de Huaca Zarpán comprende también un extenso montículo, más o menos plano, ubicado al este de Collud (Fig. 20). Hacia el sector central y noreste se reconocen dos plataformas extensas con arquitectura superficial, correspondientes a la fase Lambayeque Tardío, afectadas por excavaciones clandestinas. Durante la primera temporada se excavaron tres sectores y se reconoció, al noroeste, la fachada expuesta y semidestruida de un templo con gradería orientada al oeste. El frente, de 15 metros, fue construido también con adobes cilíndricos. Las estructuras del atrio sobre la escalera estaban removidas, probablemente por la densa ocupación de la fase Lambayeque Tardío, que luego las cubrió con una densa capa de relleno en numerosos niveles de tierra cenicienta, escombros de construcción y estiércol de camélidos. En este relleno también se depositaron tumbas.

En el sector sureste del conjunto, al borde del yacimiento y libre de reocupación tardía, se logró definir una serie de plataformas bajas de planta cruciforme con dos fases superpuestas: la inferior conservada y la última afectada por quemaduras previas al abandono. Se registró la tumba de un infante dentro del relleno de la plataforma, asociado a un cuenco decorado con círculos concéntricos semejante a otro hallado en las excavaciones del sitio de Morro de Eten. Fragmentos de cerámica recuperados sobre el piso de la plataforma corresponden, del mismo modo, a variados estilos del Periodo Formativo. Algunos tipos singulares fueron tinajas decoradas con incisiones anchas y profundas semejantes a los reportados para la fase Pacopampa-Chavín. En un caso excepcional, los motivos son parecidos a los de la Estela Raimondi, lo que indica una sincronía con el apogeo de esta fase y estilo (Fig. 21).

En el centro del yacimiento se ubicó un tramo de canal o ducto subterráneo construido con lajas de piedra y orientado, inicialmente, de Norte a Sur. Se trataría de un dispositivo ritual de culto al agua, presente en otros templos de la misma esfera cultural. Se siguió su trayectoria hasta que volteó 90° hacia el Este, y se perdió bajo bloques de roca de hasta 1 metro por lado. Estos eran parte de un derrumbe que provenía de la cabecera de un paramento de 2,50 metros de alto, que resultó ser el frente sur de un templo de piedra canteada (Fig. 22). El alineamiento de la fachada del templo tenía más de 47 metros de longitud y en la rústica disposición de sus bloques pétreos se advirtió cierto parecido con la perfecta fachada del Templo Nuevo de Chavín. La gruesa capa de relleno que cubre la arquitectura del Periodo Formativo, semejante a la del sector noroeste, hace suponer que el desmontaje del paramento de piedra se hizo, igualmente, en tiempos lambayeque.

4. Enfoques y perspectivas

Con lo que se ha expuesto en esta contribución queda demostrado que el surgimiento de un primer sistema cultural en Lambayeque marcó el inicio de una larga y sostenida tradición fortalecida, en ese primer



Fig. 17. Collud. Escalinata central del templo en el sector noreste (foto: Ignacio Alva Meneses).

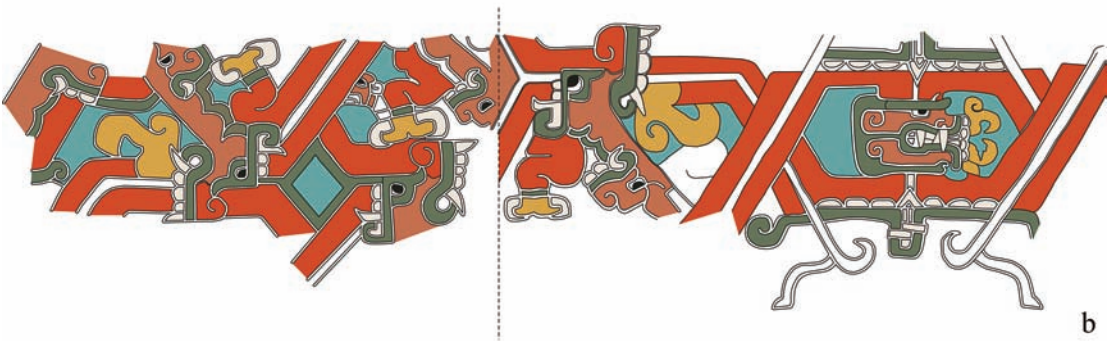


Fig. 18. Collud. a. Relieve mural con la representación de la Deidad Arácnida (foto: Ignacio Alva Meneses); b. Dibujo de las porciones del panel descubierto hasta la fecha, según reconstrucción de Bruno Alva (elaboración del dibujo: Manuel Olivos).



Fig. 19. Collud, sector noreste. Reconstrucción isométrica (imagen retocada por Bruno Alva Meneses, sobre la base de una foto de Eduardo Herrán).



Fig. 20. Zarpán. El conjunto arqueológico completo, visto desde una avioneta (foto: Eduardo Herrán).

momento, por la estratégica posición territorial de los complejos de Ventarrón y Collud-Zarpán. Se puede trazar una correspondencia entre patrones que definen una tradición cultural regional con procesos de continuidad y cambio del Periodo Arcaico al Periodo Formativo. La transición del uso del paisaje, patrones arquitectónicos y temas iconográficos siguen un hilo de persistencia coherente que se percibe más allá de



Fig. 21. Zarpán. Tiestos del Periodo Formativo (foto: Ignacio Alva Meneses).



Fig. 22. Zarpán. Fachada de piedra canteada (foto: Ignacio Alva Meneses).

esta última etapa. En este sentido, las edificaciones del Periodo Arcaico sobre el promontorio y pendiente oeste del cerro destacarían la condición emergente de la civilización. La arquitectura, como representación colectiva, nace, de manera efectiva, de la montaña, como una proyección de sus formas, hasta saturar el espacio-tiempo sagrado. En ese momento, el nuevo ciclo cultural se reinició de forma gradual, necesariamente cerca de la montaña originaria, y comenzó la edificación de un nuevo centro neutral que surgió como síntesis entre la noción de ancestralidad ligada al paisaje y la creciente esfera de interacción macrorregional.

Se debe reconocer al desarrollo que se dio en esta parte del valle, abundante en recursos, como el proceso natural de continuidad cultural del Periodo Precerámico al Formativo. Lógicamente, la transición fue

lenta y deben existir eslabones bajo las fases y reocupaciones monumentales. Una propuesta tentativa de secuencia cultural del Periodo Formativo, basada en los datos disponibles, indica que la arquitectura de abobes cilíndricos fue anterior a la de piedra canteada. La primera corresponde al estilo Cupisnique y la segunda al estilo Chavín. En términos generales, el autor concuerda con la idea de que la cultura Cupisnique resultó de una larga síntesis donde la interacción promovió desarrollos y acrecentó el centralismo natural de ciertas regiones, además de fortalecer tradiciones culturales cada vez más homogéneas que alcanzaron su apogeo hacia el primer milenio a.C. Por último, la emulación del estilo Chavín, tal como se observa en Zarpán, representó el agotamiento de la cadena de interacción religiosa que precipitó la crisis y favoreció la posterior reorganización de las culturas de la costa norte en el ámbito regional, incluso sobre los iconos y conceptos de la tradición Cupisnique.

Notas

¹ Fotos de murallas y recintos de pirca, una bóveda subterránea y estructuras de tapial del flanco sur del cerro, así como una panorámica del complejo Collud se publicaron en la edición sobre la obra de Brüning realizada por el Hamburgisches Museum für Völkerkunde en 1990.

² En 1967, durante un simposio organizado por el Centro de Estudios Arqueológicos de Lambayeque, se exhibieron extraordinarias muestras de cerámica formativa procedentes del valle, las que formaban parte de las colecciones privadas de los hacendados locales. Entre ellas destacaba la de Boris de la Piedra, dueño de la hacienda Pomalca.

REFERENCIAS

Alva, W.

- 1986a Excavaciones en el santuario del tiempo formativo Udima-Poro Poro en la sierra del norte del Perú/Ausgrabungen in dem formativzeitlichen Heiligtum Udima-Poro Poro in der Sierra Nordperús, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 8, 301-352, Mainz am Rhein.
- 1986b *Frühe Keramik aus dem Jequetepeque-Tal, Nordperú/Cerámica temprana en el valle de Jequetepeque, norte del Perú*, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 32, C. H. Beck, München.
- 1986c Investigaciones en el complejo formativo con arquitectura monumental de Purulén, costa norte del Perú/ Untersuchungen in dem formativzeitlichen Komplex mit Monumentalarchitektur von Purulén, Nordküste Perús, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 8, 283-300, Mainz am Rhein.
- 1987 Resultados de las excavaciones en el valle de Zaña, norte del Perú, en: W. Bauer (ed.), *Archäologie in Perú: Archäometrie. Ergebnisse des 1. Fachsymposiums der Deutsch-Peruanischen Archäologischen Gesellschaft 1985 in München/Arqueología en el Perú: Arqueometría. Resultados del Primer Simposio de la Sociedad Arqueológica Germano-Peruana, 1985, Munich*, 61-78, *Archaeologica Peruana* 1, München.
- 1992 Orfebrería del Formativo, en: A. Lavalle (ed.), *Oro del antiguo Perú*, 17-116, Colección Arte y Tesoros del Perú, Banco de Crédito del Perú, Lima.

Alva, W. y S. Meneses de Alva

- 1982 Geoglifos del Formativo en el valle de Zaña, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 4, 203-212, Mainz am Rhein.

Alva Meneses, I.

- 2006a Cerro Ventarrón en la arqueología de Lambayeque, diario *La Industria*, Lundero, publicación cultural, año 28, n.º 327, enero de 2006, Chiclayo/Trujillo.
- 2006b Cerro de La Cal, un antiguo paraje sagrado, diario *La Industria*, Lundero, publicación cultural, año 28, n.º 329, marzo de 2006, Chiclayo/Trujillo.
- 2006c La Deidad Arácnida en la cultura Mochica, diario *La Industria*, Lundero, publicación cultural, año 28, n.º 331, mayo de 2006, Chiclayo/Trujillo.
- 2007 Cumbemayo, en el centro del cosmos, diario *La Industria*, Lundero, publicación cultural, año 28, n.º 331, marzo de 2007, Chiclayo/Trujillo.
- 2008 Spiders and Spider Decapitators in Moche Iconography: Identification from the Contexts of Sipán, Antecedents and Symbolism, en: S. Bourget y K. L. Jones (eds.), *The Art and Archaeology of the Moche: An Ancient Andean Society of the North Coast of Perú*, 247-262, *Pre-Columbian Studies: Art, History, Archaeology, Anthropology*, University of Texas Press, Austin.

Bischof, H.

- 1998 El Periodo Inicial, el Horizonte Temprano, el estilo Chavín y la realidad del proceso formativo en los Andes centrales, en: *I Encuentro Internacional de Peruanistas. Estado de los estudios histórico-sociales sobre el Perú a fines del siglo XX*, tomo I, 57-70, Universidad de Lima/Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, UNESCO/Fondo de Cultura Económica, Lima.

Burger, R. L. y L. Salazar-Burger

- 1993 Centros ceremoniales, ideología religiosa y cronología, en: R. L. Burger, *Emergencia de la civilización en los Andes. Ensayos de interpretación*, 51-58, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Carrión Cachot, R.

- 1955 El culto al agua en el antiguo Perú: la *Paccha*, elemento cultural panandino, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (2), 50-140, Lima.

Cordy-Collins, A. K.

- 1992 Archaism or Tradition?: The Decapitation Theme in Cupisnique and Moche Iconography, *Latin American Antiquity* 3 (3), 206-220, Washington, D.C.

Elera, C.

1992 Arquitectura y otras manifestaciones culturales del sitio formativo del Morro de Eten: un enfoque preliminar, en: D. Bonavia (ed.), *Estudios de arqueología peruana*, 177-192, FOMCIENCIAS, Lima.

Eliade, M.

1974 *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*, Taurus, Madrid.

Kauffmann Doig, F.

1983 *Manual de arqueología peruana*, 8.ª ed., Ediciones PEISA, Lima.

Kosok, P.

1965 *Life, Land, and Water in Ancient Perú*, Long Island University Press, New York.

Lothrop, S. K.

1941 Gold Ornaments of Chavín Style from Chongoyape, Perú, *American Antiquity* 6 (3), 250-262, Washington, D.C.

Onuki, Y. (ed.)

1995 *Kuntur Wasi y Cerro Blanco: dos sitios del Formativo en el norte del Perú*, Hokusen-Sha, Tokyo.

Reindel, M.

1933 *Monumentale Lehmarchitektur an der Nordküste Perús: eine repräsentative Untersuchung nach-formativer Großbauten vom Lambayeque-Gebiet bis zum Virú-Tal*, Bonner Amerikanistische Studien 22, Holos, Bonn.

Rosas, H. y R. Shady

1970 *Pacopampa: un centro formativo en la sierra nor-peruana*, Dirección de Proyección Social, Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Salazar-Burger, L. y R. L. Burger

1983 La araña en la iconografía del Horizonte Temprano en la costa norte del Perú, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 4, 213-253, Mainz am Rhein.

Shimada, I., C. Elera y M. J. Shimada

1982 Excavaciones efectuadas en el centro ceremonial de Huaca Lucía-Cholope, del Horizonte Temprano, Batán Grande, costa norte del Perú: 1979-1981, *Arqueológicas* 19, 109-210, Lima.

Townsend, R. F.

1993 Paisaje y símbolo, en: R. F. Townsend (ed.), *La antigua América: el arte de los parajes sagrados*, 29-47, The Art Institute of Chicago/Grupo Azabache, México, D.F.